



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 33.

JUEVES 15 DE OCTUBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR BALTICO.—UNA NOCHE EN LA SELVA NEGRA, cuento de cocina, por José Pastor de la Roca.—EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.—LOS VESTIDOS DE LOS ANIMALES (Conclusion).—MATANZAS.—EL TRIBUNAL ANTIGUO.—A MI ESPERANZA, por Manuel Valcarcel.—UN VIAJE A MADAGASCAR.—LAS ONDINAS, nocturno, por Enrique Heide.—EPIGRAMA, por Adolfo Miralles de Imperial.—OBRA INTERESANTE.—CANTARES.—REFRANES HIGIENICOS.

LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR BALTICO.

I.

LA CURLANDIA Y SUS HABITANTES.

Desde las inmediaciones de la embocadura del Memel hasta el Nueva, se extienden á lo largo de la costa del mar Báltico unas provincias fértiles y hermosas, que arrancadas por el valor de los caballeros teutónicos, de la dominacion de sus primitivos habitantes, los slawos, aun paganos en aquella época, se incorporaron en su mayor parte al imperio de Alemania. Despues, cuando éste, cada vez mas destrozado por las luchas políticas y religiosas, descendió de su altura, cuando las perlas de su corona fueron arrancadas una tras otra por los vasallos rebeldes del imperio, y no quedó del que antes habia sido dominador del mundo cristiano, mas que una multitud de trozos mas ó menos débiles, entonces, estas hermosas provincias cayeron tambien bajo una dominacion extranjera, llegando con el transcurso del tiempo á ser casi completamente olvidadas y consideradas como paises no alemanes. Tendríamos que estendernos demasiado si quisiéramos recorrer, aunque fuera ligeramente, la interesante historia de estos paises convertidos al cristianismo por el valor de los alemanes; baste decir únicamente que la Livonia y la Estonia, despues de muchos combates, quedaron sometidas á la Suecia, hasta que en tiempo de Pedro el Grande pasa-

ron al dominio de la Rusia; pero que la Curlandia, desde la introduccion de la reforma religiosa, formó un ducado bajo la proteccion de la Polonia, y no fue sometida á los tsares hasta el año 1793 en tiempo de la emperatriz Catalina II. Los alemanes han considerado frecuentemente como extranjeras á estas provincias, cuya poblacion es de origen aleman y habla este idioma, y solo en estos tiempos cuando se ha despertado el espíritu nacional germánico, han recordado que existian pueblos de raza alemana del lado de allá del mar Báltico. En la presente descripcion nos limitaremos á hablar de aquellas provincias que han conservado con mas pureza la lengua, las costumbres y la creencia de sus ascendientes y que son notables por mas de un concepto.

El antiguo ducado de Curlandia, en la actualidad gobierno de Mittau, se divide en dos partes esencialmente distintas por la clase de su suelo y por el modo de vivir de sus habitantes: la una es el pais bajo, la Curlandia propia, con el dominio de Pillen, y la otra, el pais superior, la antigua Semgalia, cuyo nombre en lengua letona, significa el fin ó extremo de la tierra. El pais bajo que es mucho mayor que el alto, produce una impresion sumamente agradable, con sus bosques de pinos y de abedules, sus campos fértiles y sus agradables castillos de los nobles, esparcidos por toda la provincia, cuando se entra en él por las tristes llanuras de arena de la Masuria y de la Prusia oriental; estas llanuras se extienden aun algunas millas mas allá de las fronteras rusas. Si las comarcas del centro y del Mediodia de Alemania no son tan hermosas como estas, si el pais en su mayor parte es llano y presenta poca variedad, hay sin embargo en cada una de sus provincias un carácter de contento del alegre ánimo y de la hospitalidad de sus habitantes. Florestas sombrías alternan con campos bien cultivados y terrenos cubiertos de heno; solo de vez en cuando se ven tierras mas ó menos grandes, cubiertas con yerba seca, abetos y enebros; tambien se aprovecha

todo esto, pero no como se hacia en Alemania. Aquí solo sirven para pasto en el estío, de los bueyes, caballos, cerdos y cabras, porque estos animales comen con mucho gusto la yerba seca y algo salada de estas esteriles llanuras. Con algun trabajo y poco gasto se podrian hacer fácilmente muy buenos campos de estos pastos, é indudablemente será así el día en que aumente la poblacion; pero ahora la Curlandia cuenta apenas 600,000 habitantes en cuatrocientas setenta y tres millas cuadradas, y hasta en los años mas malos produce muchos mas cereales que los que necesita; de manera que no es natural pensar en que pudiera haber una verdadera hambre. Los cereales forman la riqueza principal, tanto de los nobles como de las demás clases; cada año salen de allí grandes cargamentos, especialmente para Holanda é Inglaterra; por lo tanto es muy natural que el precio de los granos y el producto de la cosecha, sea el objeto principal de la conversacion de los hombres de todas las clases. Los bosques formados casi en su totalidad, de pinos, algunos abedules y muy pocos robles, ocupan próximamente la tercera parte del pais y constituyen una parte muy esencial de la economia rural de la Curlandia, particularmente desde que en muchos distritos, como por ejemplo, en las cercanías de Mittau, se siente tanto á causa de la frialdad del clima, la falta de leña producida por la imprevision que ha habido en la destruccion de los bosques. Aun cuando no se mire con gran de atencion la economia rural, por medio de la cual los bosques podrian alcanzar una grande estension como en Alemania, sin embargo, cada labrador del pais concederá la atencion necesaria á este ramo importante y conservará su bosque cuanto le sea posible. Un bosque cuidado con esmero, es allí una mina de oro para el que le posee por el precio verdaderamente fabuloso de la madera, sobre todo, desde que los caminos de hierro se han aumentado tanto. Millares de traviesas para las vias férreas son esportadas anualmente y

la mayor parte de los wagones ingleses y alemanes ruedan sobre madera de la Curlandia. El suelo de los bosques es frecuentemente muy pantanoso, y por lo tanto malo de atravesar en el estío solo se encuentran en ellos caminos, ó mas bien senderos miserables; muchas veces sucede que los caballos se hunden en el fango hasta las rodillas. Pero esto no impide que los curlandeses se entreguen con ardor á la caza que es su diversion favorita, porque estos bosques están poblados de los animales mas hermosos, si bien por lo muy perseguidos que están no son tan numerosos en estos últimos tiempos como lo eran antes. Liebres, zorros, corzos y dantas, son el objeto mas principal de la caza de otoño y de invierno; en el verano cazan gallos silvestres y perdices. En la estremidad septentrional de Curlandia hay tambien lobos cervales y lobos comunes; osos no se encuentran de la parte acá del Duiua.

El pais se haya regado por numerosos lagos, rios y arroyos; el Duina no pasa por Curlandia mas que por los límites del pais alto; cerca de él pasa el Windau; este rio es el mas importante de los que nacen en Lituania y va á desaguar cerca de un puerto del mar Báltico, llamado tambien Windau, el Aa curlandés que desagua en el golfo de Riga, es navegable y sirve principalmente como camino de union entre Mittau y el mar.

La costa de Curlandia es como casi todas las provincias de la costa oriental del mar Báltico, arenosa, estéril y triste. De año en año la arena que las olas del mar y las tempestades arrojan á la costa, va invadiendo las tierras de cultivo, por lo que muchos distritos en los que antes habia granjas y campos cultivados, se hallan ahora completamente abandonados. Ultimamente se ha tratado de impedir este mal, levantando grandes diques formados de malezas, y plantando árboles detrás para crear bosques. Este amontonamiento de arena siempre creciente en la costa oriental del mar Báltico, es causa de que la Rusia no posea en este mar ni un solo puerto que sea bueno, excepto el de Helsingfors en Finlandia; solo á costa de grandes gastos y de un trabajo infinito pueden librarse Kronstadt, Revel, Riga y Libau, de ser completamente cubiertos por la arena.

Si el aspecto del pais bajo es mas agradable y la tierra mas fértil, el pais alto ó Sengalia es mas agrestemente romántico y mas montuoso. Entre la poblacion de ambas partes existe tambien una diferencia considerable; en el pais alto, ni los nobles ni el pueblo han progresado tanto como en la Curlandia propia. En esta última se halla la nobleza de origen alemán, pura y sin mezcla de nacionalidades extranjeras, al paso que esta misma se encuentra en Sengalia mezclada con elementos rusos y polacos. El pueblo está allí en un grado de abyeccion mucho mas profunda que el del pais bajo, y rara vez los señores cuidan como debieran por los labradores que dependen de ellos, y que á pesar de la abolición de la servidumbre les están mas sujetos que lo están generalmente en Curlandia.

Ademas de las dos producciones principales del pais—los cereales y la madera—la Curlandia es rica en mineras y podria tener una fuente de riqueza por este medio, si existieran allí los elementos necesarios para el trabajo. Los únicos artículos de esta clase que se aprovechan son el ámbar y la cal; la primera se pesca en el mar y tambien se extrae de la tierra. Las orillas del Windau contienen terrenos con ricas capas de cal que han sido en parte explotados con buen éxito. Hay en este rio un punto notable que pertenece al dominio de Nigranden en los límites de la Lituania, y en el que se hallan hermosas petrificaciones en una arcilla negra é impregnada de azufre, particularmente despues que el rio ha tenido alguna crecida. La Curlandia debe contener además minas de cobre y de hierro, segun lo prueba la circunstancia de que en tiempo del duque Jacobo, que murió en 1682, se explotaban estos metales.

(Se continuará.)

UNA NOCHE EN LA SELVA NEGRA.

CUENTO DE COCINA.

V.

Pero un nuevo prodigio iba á añadir otra sorpresa á nuestra admiracion sobreescitada en alto grado.

Lotario llevó á sus labios una especie de cuerno de montería que pendia de su cintura, produciendo una modulacion aguda y sutil que resonó en aquellos antros tenebrosos con un eco prolongado y lúgubre.

Aun bramaba la tempestad, cada vez mas amenazadora y terrible.

Los truenos sucedianse á intervalos periódicos, alternados de fulgurantes relámpagos que enviaban hasta nosotros sus reberveraciones fosfóricas de azufre y hedor.

Y mientras tanto, transcurrido un momento, como respondiendo al silbato mágico del montañés, una anciana sumamente encanecida y flaca salió por una de aquellas ruinosas cripitas, apoyada en un báculo semejante á una aparicion fantástica, y cuyas mandíbulas se dilataban y contraian con cierta espresion diabólica parecida á una sonrisa cínica, como un infernal sarcasmo que insultara al orden de la naturaleza misma.

Ni siquiera pareció reparar al pronto en nosotros.

Su pupila, tenaz como la de un ave de rapina clavó en Lotario una mirada ardiente como el rayo, y dejó oír su voz cascada y chillona en estos términos:

—Trabajo te mando, pobre hijo mio, si has de despachar tú solo á estos tres buitres que han tenido la imprudente audacia de venir á turbar el reposo de la caverna en una noche de perros como esta, que Dios maldiga.

Maese Lotario se puso pálido ante la imprudente alusion tan insinuante y directa, de aquella víbora.

Los tres buitres, como nos llamara ella, temblamos.

Animo señores, dijo nuestro guia, este vejstorio conserva el buen humor de otros tiempos, y es preciso á cualquiera costa reir y celebrar lo que esa crónica viviente suele llamar *sus gracias*.

Sin embargo podia en nosotros mas todavía la indirecta de la vieja que las frases consolatorias de Lotario, quien, agitado visiblemente por una causa poderosamente oculta, estaba cada vez mas inquieto.

La anciana se sentó junto al fuego y empezó á entonar á media voz una cancion lúgubre en idioma alemán que yo no comprendia, pero cuya cadencia extraña arrullada por el estampido del trueno y el rumor de la tempestad, tenia cierto colorido alarmante que imponia como un alarido salvaje.

Y en el silencio de uno de aquellos intervalos que mediaran entre una y otra estrofa del acento fatídico de la vieja, fatigada ya de su lúgubre canto, un ruido de pisadas sonó de pronto, cada vez mas rotundo, y un grupo de hombres armados del mismo modo y con corta diferencia que Lotario, se improvisó ante nosotros, saludando bruscamente y colocándose luego con una franqueza familiar en rededor de la hoguera.

VI.

Aquellos seres sospechosos por su porte y maneras, bandidos de profesion, como desde luego adivinamos que eran, empezaron á cuchichear entre sí, dirigiéndonos de reojo miradas alevosas, en las cuales revelábase indudablemente la siniestra intencion que habrían de realizar.

La vieja por su parte parecia terciar en sus misteriosos conciliábulos, mirándonos tambien de soslayo y sin poder disfrazar la espresion de su intento.

Una mirada imperativa de Lotario pareció confundir por un momento á aquella pandilla, devolviendo á la vez alguna tranquilidad á nuestro espíritu.

Dictó una orden en alemán, y la vieja fué á punto á traer la cena compuesta de unos enormes panes, un grueso queso de Holanda y luego un barril de buen vino.

Cenamos por fin, mas bien por disimular nuestra turbacion, que era grande y fundada, y aquellos hombres, al beber, llevaron á porfía y competencia sus disparatados brindis y sus horribles blasfemias.

VII.

Lotario nos llevó aparte con un pretexto simulado y nos confesó sin rodeos que aquellos hombres eran bandidos montañeses que un compromiso casual habia colocado bajo sus órdenes por un tiempo que él trataba ya de abbreviar, y que le profesaban un respeto casi absoluto; que su prestigio nos ponía á cubierto de cualquier atentado por parte de ellos, pudiendo por lo tanto responder de nuestra seguridad. Que aquel cadáver pendiente del techo era el de un hijo de la vieja, muerto por contrabandista en un tiroteo con los aduaneros de la frontera y colocado allí de orden de su madre, despues de momificado, á fin de mantener palpitante y vivo siempre el deseo de la venganza, para cuyo fin habia levantado á sus espensas aquella partida de malhechores, generosamente retribuida á espensas de su propio peculio, y la cual tenia á su cargo la injusta mision de estender dicha venganza á la sociedad misma, sin distincion alguna.

Aquella mujer, segun supe luego, era rica, y tenia un nombre conocido en la comarca.

Y al hacernos esta confidencia tan franca, aquel hombre colocado por la fuerza de las circunstancias en situacion tan difícil, necesitó esforzarse bien poco para persuadirnos de la violencia impuesta á su corazon generoso y noble, por esas circunstancias mismas que le sujetaran á tal sacrificio.

VIII.

Alarmado á su vez por los murmullos de aquella gente turbulenta, y aun mas todavía por la actitud de la anciana, Lotario volvió al punto y dió órdenes que no se obedecieron sin repugnancia. Aquellos malvados, instigados por la infame mujer, trataban indudablemente de robarnos ó asesinarlos quizás, y no tardó en empeñarse una acalorada cuestion entre ellos y el jefe sobre el mismo objeto, si bien no nos fue posible comprender el idioma alemán que hablaban.

La tempestad bramaba todavía, haciendo sonar su terrible rumor que parecia retumbar en aquellas ruinas; el fuego eléctrico de los relámpagos penetraba en aquellos antros tenebrosos, y era imponente aquel cuadro fatídico, sublime alarde de la naturaleza en su vértigo.

La vieja cada vez mas irritada, era la que colocada al frente de aquellos malhechores, provocaba el calor de la lucha, redoblando el esfuerzo de su destemplado acento que apostrofaba al jefe é incitaba furiosa la rebelion hácia el mismo.

Lotario, apurada por por fin la paciencia, y arrebatado por un arranque colérico, interpuso entre los bandidos y nosotros, precisamente cuando se nos iban á arrojar encima, y sorprendiendo animoso aquel movimiento agresivo, montó sus pistolas, dirigiéndolas á ellos y exclamando con su acento de trueno:

—¡Desgraciado del que ose saltar esta barrera! ¡el infame que piense hacerlo es un cobarde vil, y yo le reto á que salga al frente.

Estas palabras produjeron un efecto inesperado: todos permanecieron mudos, pasivos é inmóviles como estatuas, y bajaron la vista confundidos.

En aquella fria apariencia de sumision, habia mucho de esa cobarde obediencia del perro humillado ante el látigo de su dueño.

Lotario, tomando aun mayor espresion de dignidad, prosiguió con esa noble entonacion que suele dar al hombre la elevacion de sentimientos:

—¡Desde hoy nada quiero ya con traido-

res, rebeldes á mis mandatos: síganme únicamente los fieles, y los restantes salgan al punto de Walkeustein, porque su presencia mancha y corrompe á los buenos!

La vieja dió entonces un destemplado grito, salvaje y lúgubre, que retronó en las ruinas, y desapareció instantáneamente por una cripta oscura que daba al campo, y seguida de la mayor parte de los bandidos.

— ¡Estamos vendidos! esclama ella con un alarido siniestro; aquí se oculta la traición y el crimen y estamos en manos de espías miserables que nos venden.

IX.

Ocultámonos al furor de aquella airada tromba en pronunciada rebelion contra nosotros y que ardía en deseos vivos de venganza contra la traición de Lotario, como la llamaban: subímonos á un torreón desmoronado, por una rampa ruinosa, y desde allí pudimos oír el grito de angustia de aquellos criminales y las imprecaciones de la vieja, mezclados y sorprendidos por una compañía de Guías volantes que ocuparan ya las alturas septentrionales del castillo, y cortábanles la retirada por todas partes desde muy cerca.

Quisieron huir por la parte opuesta; pero al hacerlo, halláronse interceptados por un doble obstáculo: la línea de soldados, y sobre todo, el incendio del bosque por donde debían verificar su retirada.

Aquel incendio había sido producido por un rayo que le convirtió súbitamente en una imponente masa de fuego; circunstancia, que, como queda dicho, imposibilitaba la fuga á aquellos desgraciados á quienes la misma claridad de las llamas impedía verificarlo de oculto; todo lo cual venia á colocarles en un verdadero conflicto.

Y entonces los desgraciados redoblaban sus blasfemias, y el vértigo de la desesperación apoderábase de ellos.

A la claridad sanguinolenta del incendio, se les veía errar desalentados, rugientes como fieras salvajes, sin tino ni dirección. Y mientras tanto el voraz incendio hacia elevar en los aires sus rugientes llamas que se retorcián como infernales serpientes, esparciendo un fulgor opaco y sanguinolento en el oscuro limbo de la tempestad y de la noche. Oíamos desde allí al compás del copioso aguacero el creciente estallido, y notábamos con horror la terrible propagación del fuego que invadía ya la totalidad del bosque, calcinando el terreno, al paso que los animales fugitivos corrían en todas direcciones, aturdidos, rugiendo, bramando y aumentando de esta suerte la terrible magestad del cuadro de la naturaleza esplotada.

Veíamos también á aquellos desgraciados que pugnaban en vano por salvar aquel dédalo infernal de llamas que lo arrollaba todo y hacia traición á su fuga con su reverberante esplendor sanguinolento.

Luego oímos un tiroteo sostenido entre ellos y los tercios de Guías que les perseguían y que concluyeron por aprisionarles, ínterin que por una ocurrencia diabólica del jefe de la columna volante, la vieja era despeñada desde un risco donde fue cogida, y caía al fondo de un barranco invadido también por el fulgurante incendio.

X.

Lotario y yo permanecimos durante aquella noche ocultos en una hedionda mazmorra de Walkeustein, mientras que los Guías volantes, creyendo que habían dado caza á toda la cuadrilla, no se ocuparon del reconocimiento del ruinoso castillo.

Mientras tanto la tempestad había cesado ya hacia la madrugada, y el disco de la luna remontábase en un horizonte severo, inundado el cielo de estrellas.

Hubo quien aseguró luego que aquella emboscada había sido dispuesta de común concierto entre ambos jefes respectivamente, puestos en mutua inteligencia, lo cual no es inver-

rosímil, atendido el carácter de Lotario y la violencia que visiblemente se impusiera en su peligroso cargo. Lo cierto es que al día siguiente nos separamos de aquel hombre, cuyas simpatías todavía no se han borrado de mi corazón, y estoy seguro que tampoco del de mis compañeros Enoch y Kloppe, quienes me participaban que el tal jefe, disfrazado de pastor, y sin mas armas que un buen cayado, decidido á adoptar otro género de vida mas noble y tranquilo, aunque fuera el de apacentador de rebaños, marchó á presentarse á indulto, que sin dificultad obtuvo á poca costa, lo cual dió un viso mayor de probabilidad á lo que ya dijimos respecto á la inteligencia común entre él y el jefe de los Guías.

Por de pronto mis compañeros y yo hallamos medio de regresar, no sin riesgo, á Ríppoldsan, bien resueltos á no volver á correr aventuras de aquella índole que pudiera habernos costado bien cara.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

El gran Cristóbal Colon concibió la idea de que, caminando hacia el Occidente, se podría pasar á las Indias orientales sin el largo y penoso viaje del Cabo de Buena-Esperanza, cuyas tormentas y riesgos arredraban á los mas intrépidos marinos. Con este objeto emprendió Colon su primer viaje en 12 de octubre de 1492, y en él descubrió las principales islas de las Antillas. En 1493 verificó segunda expedición, y aumentó el número de las islas conocidas. En el tercer viaje llegó á tomar tierra en 1498, en el continente de América, hacia Paria y Cumaná.

Repetidas expediciones de otros marinos que formados en los buques de Colon siguieron su ejemplo, dieron á conocer mas y mas el el nuevo continente, y desengañaron á su descubridor de que no hacia parte de las primitivas Indias como él creía; pero á esta idea substituyó otra no menos feliz, conjeturando que la costa descubierta tendria en la parte occidental otra lañada por un océano que daría fácil tránsito á las Indias orientales. Con tan grande esperanza, y deseoso de encontrarse este paso, que uniendo ambos mares facilitase tan suspirada navegación, emprendió su cuarto viaje dirigiéndose al istmo de Darien, en donde conjeturaba que debía hallarse esta comunicación; pero despues de haber reconocido toda la costa hacia el Mediodía hasta Portobelo, por una complicación de desgracias, tuvo que volverse á España, donde acabó su gloriosa carrera dejando á la posteridad un nombre eterno.

Los portugueses habían realizado entre tanto un gran viaje á las Indias orientales por el Cabo de Buena-Esperanza, que montó el primero Vasco de Gama, regresando felizmente; lo que unido á la rica flota que de ellas había conducido Pedro Alvarez Cabral, eran poderosos estímulos para que los castellanos no dejasen sepultado con Colon su lisongero designio de encontrar un nuevo océano y una comunicación al Sur para este lucroso comercio. Con estas miras, Juan Diaz de Solís y Vicente Ibañez Pinzon, que ya habían hecho descubrimientos al Norte, emprendieron un viaje á la parte opuesta, que se extendió hasta los 40° de latitud meridional, sin otro éxito que conocer algo mas la dilatada extensión de la América. Mas venturoso fue Vasco Núñez de Balboa, pues arrostrando á todas las fatigas que se opusieron á su camino para atravesar el istmo de Darien, descubrió el primero el gran mar del Sur, comprobando una de las sospechas de Colon.

Reconocido el mar del Sur, solo restaba hallar su comunicación con el del Norte, para cumplir todo el sistema de Colon. Fernando el Católico se aplicó á esto con eficacia, equipando dos navíos, cuyo mando confió al acre-

ditado marino Juan Diaz de Solís, el cual costeando la América meridional tocó en el río Janeiro, y mas al Mediodía embocó en uno que creyó ser el apetecido canal y era el río de la Plata, donde en un desembarco fue muerto y devorado por los naturales, de lo cual horrorizados sus compañeros, sin pasar adelante, regresaron á España. Pero como en aquella época era la nación española emprendedora y activa cual ninguna, aprobó el plan que sobre este punto le propuso el portugués Fernando Magallanes, y mandó aprontar en Sevilla cinco carabelas en que iban 237 personas, y en una de ellas iba el maestro Juan Sebastian de Elcano.

El primero de agosto de 1519 salieron de Sevilla, y el 27 de setiembre de San Lúcar. Haciendo rumbo por Canarias, llegaron al cabo de Santa María, ya descubierto por Solís; reconocieron el río de la Plata, y viendo que su dirección era hacia el Norte, como su intención era el recorrer la costa hacia el mediodía hasta que precisamente se terminase ó se encontrase paso al otro mar, pasaron adelante y descubrieron la bahía de San Matías, la que reconocieron, y viendo que no pasaba al otro mar, salieron de ella, y prolongando la costa llegaron á la de San Julian. Allí se detuvo, y al salir de ella perdió uno de los buques. Con los cuatro restantes siguieron costeando, y el día de las once mil vírgenes descubrieron un cabo al que pusieron este nombre: una de las naos, que se llamaba *Victoria*, vió una abertura que, reconocida despues, era un estrecho que por esto algunos le llamaron de la *Victoria*. Mandó Magallanes que todas las naos saliesen á su reconocimiento; una de ellas se vió obligada á desembarcar por causa del reflujo; su tripulación mal contenta, aprisionó al capitán é hizo rumbo á España. De las dos restantes, una le trajo la nueva de que solo había descubierto una gran bahía rodeada de bajos y escollos, y la otra, que habiendo caminado tres días sin embarazo, lo alto de las sierras de uno y otro lado, el excesivo fondo y sus observaciones sobre las mareas, le inclinaban á asegurar que aquel era un estrecho por el que se comunicaban ambos mares. Con esta noticia embocó Magallanes con las tres naves restantes el estrecho que era el que se caracterizó con su nombre, y sin haber visto natural alguno desembocó en el mar pacífico al cabo de veinte y dos días. Caminaron luego haciendo rumbo al Noroeste, y hallaron la isla que denominaron *San Pablo*; despues cortaron la equinoccial; vieron las islas que llamaron de los *Ladrones*, y continuando su rumbo, descubrieron un archipiélago que denominaron *San Lázaro*; navegaron por entre estas islas, llevando indios en canoas por prácticos, y formaron alianzas con los régulos; algunos abrazaron la religion cristiana y prestaron obediencia al emperador. Resistiéndose á ejecutarlo el de la isla de Matan, fué á ella Magallanes con 40 hombres; pero recibidos por mas de 3,000, hubieron de retirarse con pérdida de mucha gente, entre ellos el mismo Magallanes. Eligieron por jefes al piloto mayor Juan Serrano y al portugués Duarte Barbosa. Uno de estos maltrató á un esclavo de Magallanes, quien por vengarse le malquistó con el rey de la isla, de suerte que en un falso convite hizo matar á veinte y cuatro de los principales, y aunque Serrano fue llevado herido á la playa y rogaba con lágrimas que le rescatasen, temiendo los de la nave alguna otra traición, siguieron su rumbo dejándole abandonado.

En la isla inmediata de Buhol, de las tres naos que les quedaban habilitaron dos, y quemando la otra siguieron su viaje; surgieron en Borneo, trataron con los isleños y despues siguieron su ruta hasta las Molucas, tuvieron sus tratos particularmente con el rey de Tidore; hicieron alianza con sus soberanos; cargaron de sus esquisitos frutos en breve tiempo, y no pudiendo la nao *Trinidad* seguir el viaje, hubo de quedarse para intentarle despues, y la *Victoria*, única que restaba, cuyo mando se había dado en Borneo á Juan Sebas-



Cristóbal Colón explicándose delante de los sabios.

tian de Elcano con 59 personas, dió la vela para Europa, y el 19 de julio de 1522 entraron en el puerto de la isla de Santiago en las de *Cabo verde*, donde notaron la diferencia de un día entre su cuenta y la de los isleños; pues los del buque contaban miércoles cuando los de la isla le tenían por jueves; el 4 de setiembre avistaron el cabo de San Vicente, y por último entraron en San Lúcar el 7 de setiembre de 1522 solo con 18 personas.

LOS VESTIDOS DE LOS ANIMALES.

(CONCLUSION.)

En los terrenos bajos, cubiertos sobre todo de muchas algas, en las costas de las islas y continentes de la zona tórrida, es donde han establecido su domicilio las tortugas. Sus pas-

tos se hallan ordinariamente tan cerca de la superficie de las aguas, que es fácil verlas paecer cuando el mar está tranquilo: se reúnen en número tan cecido, que forman verdaderos rebaños. Ellas facilitan al navegante un alimento tan sabroso como saludable, y mucho mejor que el que podría suministrarle la carne de los animales domésticos que ramonean la yerba de nuestras praderas. Las tortugas, despues de haberse mantenido en el fondo del mar, se aproximan á la embocadura de los grandes rios en busca de agua dulce, en la cual parece que se complacen; pero disfrutan este placer con mucho recelo. No ignoran que aquellos lugares donde respiran un aire mas agradable, levantando continuamente la cabeza sobre el agua, son la morada de numerosos enemigos que las acechan y maquinan su perdicion; y así es, que el menor ruido las pone en fuga. Este acto de prudencia es casi el único de la historia de sus costumbres é instinto, que merece fijar la atención. No tiene mas que propiedades pasivas; si se reúnen en numerosos grupos, no es con objeto de defenderse ni de atacar. Cubiertas de una adarga impenetrable y resistente á los mayores pesos, no temen á los demás habitantes de las olas: tranquilas por natural, hallando casi siempre un alimento abundante sin el cual pueden pasarse por un espacio considerable de tiempo, ¿qué causa podría motivar entre ellas guerras intestinas?

Su reunion es producida por la identidad de usos y costumbres.

«La dulzura y la fuerza para resistir, son »pues, dice Mr. de Lacépède, dos caracteres »distintivos de la tortuga; y quizá aludian á »estas cualidades los griegos, cuando la dieron por compañera á la belleza, y cuando Fidias la colocó como un símbolo á los pies de »Vénus.

»Nada de brillante en sus costumbres, no »menos que en los colores que la matizan; »pero sus hábitos son tan constantes como sólido es su envoltorio: mas paciente que activa, casi nunca experimenta deseos vehementes. Mas prudente que animosa, raras veces se defiende, pero trata de ponerse en »seguro, y emplea toda su fuerza en agarrarse, cuando no pudiendo romper su caparacho, se trata de hacerla seguir junto con la »cubierta.»



La ciudad de Matanzas.

Abrazándose fuertemente con sus aletas, bagan juntas, siempre reunidas y sin abandonarse aun en medio de los mayores peligros. A veces el rayo de la muerte ha herido á una y bañada en su propia sangre, la otra la estrecha todavía con fuerza. El tiempo de la union de las tortugas marinas varía segun la temperatura, segun la estacion de las lluvias y segun los lugares en que se encuentran.

En las cálidas regiones de la América septentrional, la union se verifica hácia fines de marzo y principios de abril; poco tiempo despues la hembra va á poner sus huevos sobre la arena mas á propósito para recibir el calor del sol y acelerar de este modo el nacimiento de su posteridad.

Pero, aunque, en fuerza de las leyes establecidas por el Autor de la naturaleza, confia

al astro luminoso el cuidado de vivificar aquellos gérmenes preciosos, sin embargo, en el modo de depositarlos, podemos observar todo el afecto, toda la ternura de una madre. Las tortugas, con el auxilio de sus aletas, ahondan en la arena, y mas allá del punto á que pueden alcanzar las olas mas encrespadas, una ó mas cavidades que tienen cerca de un pie de anchura sobre dos de profundidad; allí,



El tribunal antiguo.

en número de mas de ciento, entierran sus huevos, que son redondos, de dos ó tres pulgadas de diámetro, cuya membrana exterior se parece en algun modo al pergamino mojado, y cuya clara segun dicen, no se endurece aun cuando se la esponga al mas activo calor. Hacen varias posturas ó puestas, con intervalo de dos ó tres semanas en cada una, segun los climas, y ora quieran sustraerse á la vista de sus enemigos, ora teman los ardientes rayos del sol, lo cierto es que casi siempre verifican la postura de sus huevos cuando aquel astro se halla distante del horizonte. Hay ciertas aguas á las cuales prefieren las tortugas, sin duda como mas favorables para recibir sus huevos, y como menos frecuentadas. Las que habitan las costas de las islas de los Galápagos, situadas bajo la línea y en la mar del Sud, van á poner sus huevos en las orillas occidentales de América, distantes mas de doscientas leguas de su punto de partida: algunas hacen

hasta trescientas leguas de camino; tales son aquellas tortugas que demorando junto á las tierras del continente de África, se trasladan á la isla de la Asuncion para depositar sus huevos en riberas propicias.

Hemos dicho que la época de la union de la gran tortuga correspondia á los primeros meses de nuestra primavera; entonces empieza la postura que se prolonga hasta el mes de setiembre. Hay playas tal como la de Issini (África), en las cuales la postura empieza mas tarde y no concluye hasta enero. Siendo diferente la temperatura de las comarcas en que se hallan depositados los huevos, resulta una desigualdad en el tiempo que están aquellos para abrirse; generalmente es de diez y siete á veinte y cinco dias. Las tortuguitas, al nacer, tienen de dos á tres pulgadas de longitud sobre un poco menos de anchura; en aquella época todavía no son capaces de entrar en el mar, pues es necesario que

tengan cerca de nueve dias: se arrastran entonces con lentitud, pero al llegar al puerto, muchas de ellas perecen. No hallándose en estado de resistir la impetuosidad de las olas, muchas son arrojadas á la playa por las mismas aguas, y allí son presa de las aves de mar, de los cocodrilos y demás animales carnívoros. El hombre tambien les hace la guerra, busca con ansia los huevos, que le suministran un alimento tan sano como agradable, y los pequeñuelos que acaban de nacer, para encerrarlos en una especie de parque junto al mar, donde se las deja crecer para cuando se necesitan. Esta práctica es casi enteramente igual á la que se sigue en nuestras costas respecto á las ostras. En la misma época es cuando los pescadores cogen á las grandes tortugas hembras, cuya carne es mas apreciada que la de los machos, especialmente en el tiempo de la postura. Al entrar la noche, y sobre todo, cuando la luna les favorece con su tranquila

luz, se van á la ribera donde acostumbran poner sus huevos las tortugas; allí aguardan silenciosos el momento en que salen del agua ó vuelven á entrar; luego que las ven, las matan á mazadas y las vuelven boca abajo con rapidez, sin darles tiempo de defenderse ni de lanzar aquella gran cantidad de arena que á veces arrojan á los pescadores con sus aletas. Para esta pesca se reúnen muchos hombres, y á veces, cuando los individuos son muy grandes, es preciso valerse de palancas. Siendo el carapacho de las tortugas marinas casi plano, ó á lo menos poco convexo, no pueden reponerse sobre sus patas; y una vez renversadas ó zozobradas, para servirme de la espresion de los pescadores, perecen en aquel estado.

Los aficionados á las fábulas podrán decirnos, que las tortugas, no pudiendo defenderse, se exhalan en amargas quejas y vierten torrentes de lágrimas; pero no otros no daremos crédito á sus maravillosos cuentos, limitándonos á pensar que el temor y la sensación dolorosa que experimentan, puede hacer producir á aquellos animales una especie de gemido. Si los marineros son muchos en número, en el espacio de tres horas pueden renversar de cuarenta á cincuenta tortugas, que contienen una prodigiosa cantidad de huevos: arrastran hácia los parques, y siempre renversadas, á las que quieren conservar: hacen trozos de las demás, salan la carne, los huevos y hasta los intestinos, y la gordura los suministra un aceite amarillo y verdoso, que se usa como á condimento cuando fresco, y que siempre sirve para hacer arder: las tortugas mayores, dan hasta treinta y tres pintas de dicho aceite.

Las costas de Cuba, las de las islas situadas en las cercanías, y principalmente las de las islas del Cayman, son los lugares de donde sacan su cargazon los pescadores de las Antillas. El producto de su pesca, que dura dos meses, sobre poco mas ó menos, está destinado para servir de alimento al pueblo, á los esclavos, y sustituye al bacalao salado en la mayor parte de las colonias americanas. Cógense tambien las tortugas en medio de las aguas, siempre de noche, y si es posible con la claridad de la luna: dos pescadores en un bote, dirigido por uno de ellos van en busca de aquellos animales; reconocen su presencia por una espuma que forman cuando caminan por la superficie del agua: luego que están cercanos á la tortuga, uno de los pescadores le clava el arpon con tanta fuerza, que rompe su carapacho y penetra hasta la carne. En vano se precipita la tortuga al fondo de las aguas, pues hay una cuerda que retiene un arpon, y cuando el animal ha perdido ya su sangre, y con ella todas sus fuerzas, la transportan al bote, ó la conducen hácia la playa. En el Océano pacífico, un buzo atrevido aprovecha el instante en que las tortugas dormidas sobrenadan en la superficie, las cogen fuertemente por la cola, les impiden el sumergirse, y de este modo dan tiempo para cogerlas á los pescadores que le acompañan. En las costas de Guayana se sirven para pescar las tortugas de un instrumento compuesto de una red de quince á veinte pies de anchura sobre cuarenta ó cincuenta de largo, cuyas mallas tienen un pie en cuadro de abertura, y á las cuales, de dos en dos, están unidas dos almadías hechas de un tallo espinoso, el *moucon-moucon* de los indios, que se pone bien tensa por medio de gruesas piedras. Se coloca dicha red llamada *sole*, junto á un islote: siendo mas fuertes en tal paraje las oleadas, se produce en la red un movimiento continuo que atonta á los animales. Cuando la red empieza á hundirse por un lado ó á calar, se retira al momento. Los marrajos y los espadartes devoran á veces las tortugas cogidas en el lazo, cuando se descuidan de visitarlo los pescadores, y rompen la *sole*. Esta pesca se hace desde enero hasta mayo. Cógense tambien las tortugas de una manera mas sencilla, acercándose á ellas cuando duermen en la superficie del mar, renversándolas antes que despierten, y empu-

jándolas luego hácia la orilla ó playa. Este modo de pesca, es el mismo que seguian los antiguos.

Plinio dice que el ronquido de las tortugas se oye á mucha distancia: pero Mr. de Lacépède hace notar que dicho ruido puede que dependa de la poca abertura de la glotis de aquellos animales, quienes de este modo no se hallan tan espuestos á tragar agua. Las tortugas aumentan ó disminuyen el peso de su cuerpo, introduciendo en sus pulmones una cantidad mayor de agua, ó expeliendo una porción de la que contienen; pero su peso específico, comparado con el del agua, es tal, que si el carapacho llega á resecarse por estar mucho tiempo sobre la superficie del elemento que habitan, y por un excesivo calor, la tortuga casi pierde la facultad de sumergirse. Sin embargo, esta disminucion de peso nunca llega á la décima sexta parte del total del cuerpo.

Estos animales tienen mucha fuerza, pues pueden llevar tantos hombres cuantos caben en su dorso, y algunas veces se necesitan muchos de estos últimos para separarlos de los objetos á que están agarrados. Si no se quiere salar la tortuga, por comerla fresca con todas cualidades, se quita el peto, la cabeza, las patas é igualmente la cola, y se hace cocer la carne en el carapacho. La porción contigua al peto es la mas apreciada. Los jugos de la carne, lo mismo que los huevos, convienen particularmente en las enfermedades en las cuales es necesario depurar la masa de la sangre. Estas virtudes reales, y algunas otras imaginarias, como el ser un contra-veneno, indujeron á algunos pueblos de América á respetar de un modo especial la tortuga, y de aquí le vino el nombre de *pescado de Dios*.

La diferencia de las playas frecuentadas por las tortugas modifican su color; así es que las hay negras, amarillas y verdes. Bajo esta última denominacion designan alguno; viajeros á la gran tortuga.

No hablaremos de esas concreciones que, segun dicen, se han encontrado en el cuerpo de este cuadrúpedo ovíparo, de esos bezares, que los indios prefieren á los bezares orientales, ni de las propiedades que se les han atribuido por la ignorancia ó la supersticion. Su carapacho es de una utilidad bien conocida; los indios se valen de él para cubrir sus casas: segun relacion de Diodoro de Sicilia, los pueblos contiguos al mar Rojo formaban del mismo pequeñas barcas; aquellos carapachos fueron los primeros escudos del hombre, y muchos pueblos salvajes encuentran todavía en ellos igual objeto de defensa. La naturaleza compacta y tupida de la cubierta de las tortugas, y la magnitud que muchas tienen, indican bastante que necesitan un tiempo considerable para adquirir todo su volumen. Se calcula que este desarrollo no llega á ser entero y perfecto hasta cerca de los veinte años. Habitando estos animales el mismo elemento que los peces, deben tambien participar de sus propiedades y vivir largo tiempo. Sin embargo, no pretendemos entender muy allá semejante induccion, pues sabemos que la organizacion de los peces, y la naturaleza de su armazon ósea, difieren de la de las tortugas. Las presunciones que nos induce la analogía sobre este punto deben ser modificadas, y perder una parte de su aplicacion. No poseemos hechos bien observados relativamente á la duracion de la vida de estos cuadrúpedos ovíparos; sin embargo, es indudable que es muy larga, que puede llegar y hasta pasar de un siglo. Una tortuga de agua, la cenagosa, vivió ochenta años, y es probable que las especies marinas, sobre todo las grandes, prolongan todavía mas su carrera. «Esta larga duracion de la vida de las tortugas, dice Mr. de Lacépède, ha hecho que los japoneses las consideren como un emblema de la felicidad; y probablemente por una consecuencia de esta idea adornan con imágenes mas ó menos de-figuradas de aquellos cuadrúpe-

dos, los templos de sus dioses y los palacios de sus príncipes.»

Pudiendo una hembra en cada postura dar la existencia á trescientos individuos, fácilmente llegaria á poblar una vasta playa, si no hallase obstáculos tamaña multiplicacion. Pero apenas prospera la trigésima parte de las tortugas que nacen; y á mas, un sinnúmero de enemigos de toda especie las destruyen en su origen, apoderándose de los huevos. A pesar de esta guerra cruel, la gran tortuga se encuentra profusamente estendida en las costas bajas y arenosas de las regiones cálidas de los dos mundos. Los límites de su habitacion cogen mayor número de grados que la zona tórida; pues se encuentran tortugas de esta especie hasta cerca del cabo de la Florida. Solo debemos recordar que la diversidad de temperaturas, y la diversidad de las yerbas que pacen y de los animales marinos de quienes sacan tambien su alimento, han de producir algunos ligeros cambios en la especie.

Hemos visto que el deseo de buscar un sitio favorable para poner los huevos, las hacia emprender largos viajes. Hay á mas tambien otras circunstancias, tales como una poblacion excesiva, la necesidad de buscar pastos mas abundantes, etc., que pueden obligarlas á establecer colonias; algunas hay que traspasan á veces la línea de su habitacion, trasladándose á los mares vecinos de nuestras costas. Se han cogido algunas en las aguas que besan las costas del Langüedoc y de Provenza, y quizá tambien frecuentan las orillas meridionales del Mediterráneo, de Berbería, de Egipto, etc. Prescindiendo de los accidentes particulares que pueden ocasionar la traslacion de algunas tortugas á una alta latitud, ¿por qué no ha de haber causas mas naturales, pero que nos son desconocidas como otras muchas, que puedan determinar el que estos animales abandonen el lugar que les vió nacer, y las ardientes comarcas en que vegetan, para buscar orillas en las cuales sea mas suave el influjo del astro del día y del Padre de la naturaleza? En el puerto de Diepa (Normandía), en 1752 se cogió una tortuga marina arrojada por una tormenta. Pesaba de ocho á nueve quintales, y tenia seis pies de largo sobre cuatro de anchura. Tambien se han cogido algunas junto á la embocadura del Loira.

Mas la verdadera patria de la gran tortuga, los lugares en donde puede desarrollarse en quietud, crecer y disfrutar una larga vida, son las riberas desiertas de los países poco distantes del Ecuador, particularmente aquellos que baña el mar Pacífico. Allí no tiene mas dueño que la naturaleza, ni mas leyes que las suyas. Mr. de Lacépède, cuya historia de la gran tortuga acabamos de extractar, termina su artículo con las siguientes palabras, dignas en un todo de su filantropía. «Deberia tratarse, dice, de aclimatar estos animales en todas las costas templadas donde pudiesen encontrar sitios arenosos, y sobre el nivel de las mas altas oleadas, para depositar sus huevos y hacerlos nacer. La adquisicion de una especie tan fecunda seria por cierto de las mas útiles; y esta riqueza efectiva que se conservaria y multiplicaria por sí misma, no escitara á lo menos los clamores de la filosofía, cual las funestas riquezas que á copia de tantos sudores se arrancan del seno de los climas cenatoriales.»

MATANZAS.

La ciudad de Matanzas es una de las mejores poblaciones situada sobre la costa septentrional de la isla de Cuba, en la América septentrional, en una bahía de su nombre. Su poblacion pasa de 10,000 habitantes, y su comercio es extraordinario. Desde los últimos años ha recibido continuadas mejoras, y sus edificios son generalmente cómodos y espaciosos. El gran número de españoles vecindados en ella, los hijos del país y los extranjeros que van de todas partes, constituyen en

Matanzas una variedad fina y elegante, donde el viajero encuentra no pocos atractivos. La isla de Cuba, la perla de las Antillas, tiene en Matanzas una de sus primeras ciudades, acaso la segunda en riqueza, comercio, importancia y categoría.

EL TRIBUNAL ANTIGUO.

El nombre tribunal deriva de los tribunales, los cuales tenían en Roma diversos cargos, y en su origen significaban el lugar elevado desde donde los tribunales administraban justicia á las tribus. La persona de estos tribunales, que eran, digámoslo así, los hombres del pueblo ó sus agentes ó procuradores, fue declarada sagrada é inviolable. En la edad media tenían también grandes prerogativas, pero la pena del talion que aplicaban muchas veces demostró cuán atrás allí estaba la legislación nacida de los tribunales y de los legisladores. La pena del talion consistía en hacer sufrir al culpable los mismos perjuicios y las mismas penas que él había ocasionado á otro. Los jueces municipales eran aquellos que había en las poblaciones que tenían ó gozaban del derecho de municipio. Tenían también el título de magistrados. Los duques, condes y vizcondes, fueron en su origen una especie de jueces. Llevaban una toga ó ropa talar de púrpura. El grabado adjunto representa un juez en el momento de recibir declaración de una mujer, que señala al reo, presente en el mismo tribunal y en ademán compungido.

Á MI ESPERANZA.

Dulce esperanza mía,
bello fantasma cuyo acento grato
mi pecho adormecía;
¿por qué has huido ingrato
de un corazón que por tu bien vivía?
Ven y arrulle los sueños de mi mente
tu voz encantadora.
Ven y tranquilamente
deja que goce sin pision ardiente
un corazón que tus ausencias llora.
Muéstrame aquella vida
que un día hallar creí, y en blando sueño
el alma adormecida,
no llorará con anhelante empeño
la sombra fiel de mi niñez querida.
Mas ¡ay! cual manso río
que arrastrando sus aguas cristalinas
las mezcla al fin con las del mar bravío,
así yo tus imágenes divinas
lancé en el mundo impío...
Y cual grato perfume
que al aromar el viento
halló en él un contrario que le abruma,
así mi sentimiento
al aromar el mundo se consume.
¡Dió á las fieras pasiones
abrigo generoso
y ellas mataron ¡ay! sus ilusiones
cual rudos aquilones
matan los lirios del jardín umbroso!
¡Feliz quien no ha sentido
otra pasión que la pasión de verte,
sueño inocente en la niñez tenido!...
¡Feliz quien ha vivido
para soñarlo y encontrar la muerte!
¡Que el que ballase en el suelo
al despertar de la tranquila infancia
la vejez y su hielo,
sería flor criada por el cielo,
para hallar en el cielo su fragancia!

MANUEL VALCARCEL.

UN VIAJE Á MADAGASCAR.

I.

Guillermo Ellis salió de Inglaterra en abril de 1853. En el cabo de Buena Esperanza, se reunió con un compañero de viaje, Mr. Came-

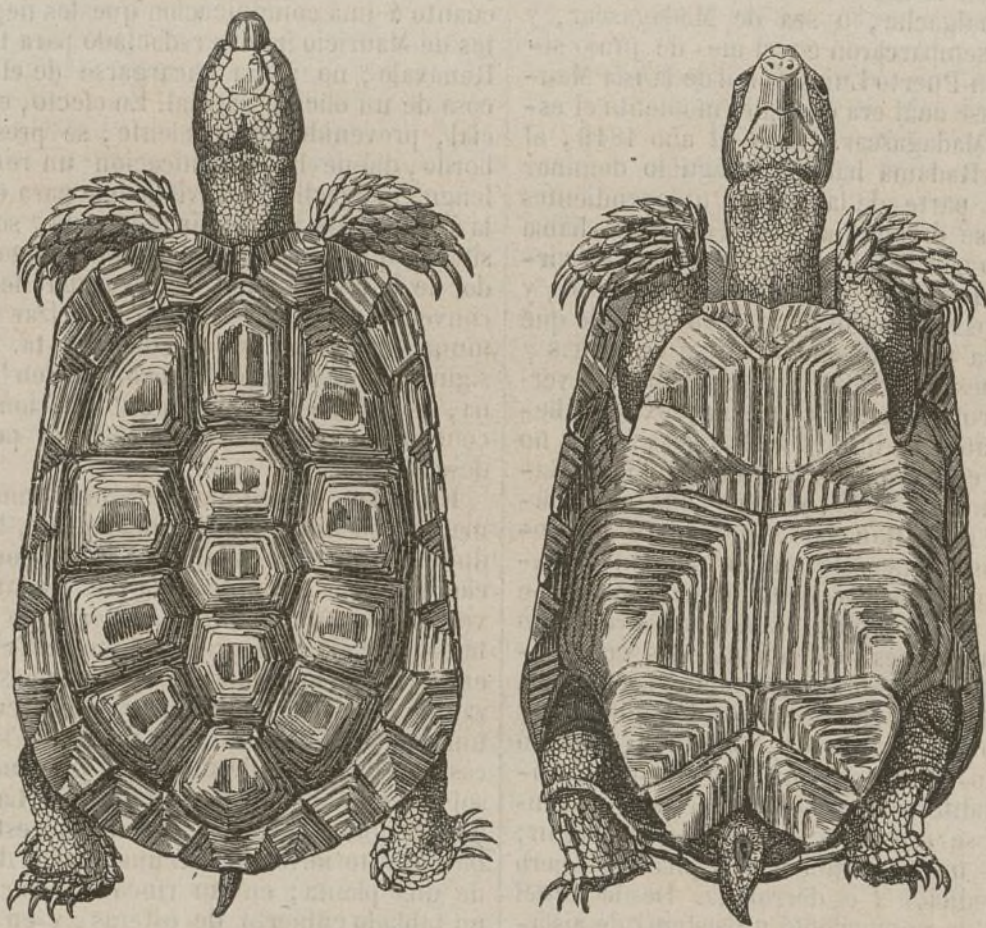
ron, misionero como él, y á quien una larga estancia en la isla había familiarizado con la lengua malgache, ó sea de Madagascar, y ambos desembarcaron en el mes de junio siguiente en Puerto Luis, capital de la isla Mauricio. Véase cuál era en aquel momento el estado de Madagascar. Hacia el año 1816, el jefe hova Radama había conseguido dominar la mayor parte de las tribus independientes en que se dividía la isla; después había concluido con la Inglaterra un tratado en virtud del cual abolía el comercio de negros, y admitía los misioneros con la condición de que se le diera una subvención anual en armas y municiones. La Inglaterra ejercía así un verdadero protectorado, y parecía próxima á heredar la antigua influencia francesa; pero no tardaron en sobrevenir grandes cambios: Radama murió en 1828, y una de sus once mujeres, la reina Ranavalona, se apoderó del poder á consecuencia de una revolución de palacio. Aquella especie de Catalina II malgache desplegó una energía notable, comprimiendo las insurrecciones, extendiendo las conquistas de su antecesor, y cerrando la isla. En 1835, expulsó á los misioneros anglicanos y persiguió á los cristianos, y en 1843, expulsó á todos los extranjeros que no quisieron hacerse súbditos malgaches. La Francia y la Inglaterra se creyeron obligadas á intervenir; enviaron una expedición á Tamatave; pero esta expedición fue derrotada. Desde aquel instante, la reina adoptó un sistema de aislamiento completo, con gran perjuicio del comercio de las islas de Borbon y de Mauricio, que se proveían de arroz y ganado en Madagascar. Tal era el estado de las cosas en 1853, cuando los dos misioneros trataron de penetrar hasta la residencia real. Se proponían conseguir el restablecimiento de los tratados de comercio, pedir la apertura de un puerto, y arreglar algunos intereses religiosos. Se ha dicho que estaban encargados también de prevenir á la reina contra los temores de una invasión francesa; pero la relación del reverendo Ellis no permite juzgar de la exactitud de este aserto. Tomaron el flote en uno de los barcos de sesenta á ochenta toneladas que hacen el servicio del archipiélago africano, y después de una travesía bastante difícil, porque el mar conserva hasta la altura del canal de Mozambique el grueso oleaje del cabo de las Tormentas, se encontraron en frente de Tamatave.

La ciudad, rodeada de peñascos y montañas, está edificada en una depresión del terreno. Sus casas de madera y de cañas se destacan sobre el fondo sombrío de las alturas inmediatas entre grupos verdes de cocoteros, plátanos y otros árboles de esencia tropical. No lejos de un gran edificio que sirve de aduana y al pie del fuerte que protege el surgidero, se veían plantadas trece largas pértigas, á cuyo extremo se balanceaban cráneos humanos; era un recuerdo del desembarco anglo-francés de 1845.

Apenas pasó el barco la línea de arrecifes que protegen la rada contra la alta mar, y tomado puesto en el fondeadero, partió un bote de la costa; iba tripulado por unos cuantos hombres vestidos con grandes túnicas blancas sujetas á la cintura con una faja. El *lamba*, especie de capa del país, caía en anchos pliegues sobre sus hombros; no llevaban medias ni zapatos, y cubrían sus cabezas con unos sombreros de junco tejido con alas anchas. Un oficial, seguido de su secretario, subió sobre el puente; era el jefe del puerto. Preguntó el nombre del buque, el número de la tripulación y el objeto de su visita. Aquel malgache se expresaba en inglés; había formado parte de una embajada enviada á Europa en 1837, y había visitado la Francia y la Inglaterra. Se puso á hablar familiarmente, pidiendo noticias de la política y de los teatros; previno á los visitantes que no tenía mucha esperanza de que la reina abandonara las medidas rigurosas mientras no se le pagara una indemnización por el ataque de 1845, é insistió en la injusticia que cometían las naciones extranjeras en

atacar á un pueblo porque pretendía hacer prevalecer sus leyes sobre su territorio. En cuanto á una comunicación que los negociantes de Mauricio habían redactado para la reina Ranavalona, no podía encargarse de ella, era cosa de un oficial especial. En efecto, este oficial, prevenido del incidente, se presentó á bordo, dió de la comunicación un recibo en lengua malgache, y advirtió que para enviarla á Atanarive y recibir respuesta, se necesitaban quince ó diez y seis días; el gobernador de la ciudad únicamente podía decidir si convenía, en el entre tanto, autorizar las comunicaciones del buque con la costa. Al día siguiente, un pabellón blanco izado en la aduana, dió á conocer que esta autorización estaba concedida, y nuestros misioneros pudieron desembarcar.

En tierra fueron tratados muy amistosamente; su amigo, el jefe del puerto, los condujo á su morada, grande y sólida construcción indígena, de cincuenta pies de largo, de veinte á treinta de ancho, rodeada de un estenso cercado consagrado á diferentes cultivos, en medio de los cuales se ven establos y chozas de esclavos. La fachada, en la cual hay una puerta y una serie de ventanas simétricas, está rodeada de un banco y defendida del sol por una ancha galería cubierta. Las paredes, hechas de tablas muy unidas, están cubiertas interiormente con una especie de tejido de una planta; en un rincón se encontraba un tablado cubierto de esteras, y en los demás, utensilios de cocina, sacos de arroz, armas indígenas y europeas; en el centro, una mesa bastante bien hecha, en la cual se habían dispuesto refrescos; en fin, acá y allá se veían sillas hechas de esteras en forma de divanes cuadrados. Varias mujeres trabajaban en diferentes partes de aquel vasto edificio; al entrar los visitantes, desaparecieron. Sentáronse todos, y acababa de empeñarse la conversación, cuando entró un nuevo personaje seguido de su comitiva. Era un hombre alto y robusto, de cincuenta á sesenta años, cuya fisonomía recordaba enteramente el tipo de los insulares del mar del Sur. Iba vestido con una bonita túnica de figura de camisa, con cuello y puños vueltos, cubierta con un ancho lamba de seda compuesto de listas escarlata, carmesí y amarillo, con franjas igualmente variadas. No tenía calzado, y llevaba un casquete azul con una visera de plata y cordoncillo de oro. Dos de los que le acompañaban iban armados uno de un gran sable de caballería, y el otro de una espada estrecha y corta. Aquel personaje era Rainibehevitra, lo que quiere decir el *padre de los grandes pensamientos*, primer juez de Tamatave, *duodécimo honor*, y el segundo en dignidad en la ciudad. Tendió amistosamente la mano á los extranjeros, escusó al gobernador por no haber podido venir en persona, se sentó y tomó parte en la conversación, mientras los que le acompañaban se agrupaban respetuosamente á un lado, exceptuando uno de ellos á quien los deberes de su empleo obligaban á permanecer junto á su señor, y que desempeñaba un oficio bastante singular. Se continuaba hablando de caminos de hierro, de marina de vapor, de telegrafía eléctrica, porque el espíritu de aquellos isleños es muy curioso y mucho más abierto de lo que creemos, cuando á una seña casi imperceptible del *padre de los grandes pensamientos*, el sirviente alargó con su mano derecha un palito de bambú de una tercia de largo, y de una pulgada de ancho, muy pulimentado y adornado de anillos, después de quitarle un tapon atado á uno de sus extremos con una seña. El jefe tomó el cilindro, vertió en la palma de la mano una corta cantidad de un polvo amarillento, y con un aleván rápido se lo echó en la lengua, sin tocar á los labios. Era una mezcla de tabaco, sal y cenizas de yerbas, que es muy estimada entre las personas de todas las clases. No se fuma en Madagascar, pero no hay un dignatario que no tenga entre su servidumbre un individuo encargado de presentarle esta mezcla, y los pobres, hasta los que



Los vestidos de los animales.—Las tortugas.

visten mas miserablemente, llevan colgado del cuello el precioso bambú.

Nuestros misioneros recibieron la autorizacion de bajar todos los dias á tierra, á condicion de volver á bordo al anocheecer, y se aprovecharon del permiso para visitar en detalle á Tamatave, donde fueron obsequiados, no solo por sus amigos indígenas, sino además por dos franceses establecidos en aquel punto, los señores Provint y Lastelle. La ciudad que cuenta unas 3,000 almas, tiene un aspecto bastante pobre: las habitaciones, á escepcion de las de los dignatarios y de algunos residentes extranjeros, son generalmente miserables. La mayor parte de los habitantes pertenecen, asi como los del litoral, á la tribu betsimasaraká, raza robusta y laboriosa, que da una multitud de artesanos y lab adores. Están dominados por los hovas, que saliendo de las montañas del interior á principios del presente siglo, se espacieron como conquistadores por las orillas. Estos desplagan mucha actividad y energía, y ejercen una autoridad despótica. No rechazan el comercio, y se quejaban de que el arroz y los ganados habian bajado mucho de precio por efecto de la interrupcion de las relaciones exteriores. Los americanos habian heredado el comercio inglés y francés; pero la cifra de sus cambios era insuficiente, porque los Estados-Unidos dan en abundancia los mismos productos que la isla.

(Se continuará.)

LAS ONDINAS.

(NOCTURNO.)

Las olas besan amorosamente la playa solitaria; la luna ha salido y un caballero joven descansa tendido sobre la blanca arena; está entregado á los mil ensueños de sus pensamientos.

Las bellas ondinas, vestidas con blancos velos, salen de las aguas profundas, y se acercan con paso ligero al joven, á quien creen realmente dormido.

La una toca con curiosidad las plumas de su birrete, otra examina su tahalí y su yelmo.

La tercera se sonríe y sus ojos brillan; saca la espada de la vaina, y apoyada en el brillante acero, contempla con arrebató al hermoso joven.

La cuarta vaga en torno suyo y murmura muy bajo: «¡Oh! ¿Por qué no soy yo tu amante, querida flor de la caballería!»

La quinta besa la mano del caballero con voluptuoso ardor; la sexta vacila y por fin se atreve á besarle los labios y las mejillas.

El caballero no es tonto, se guarda muy bien de abrir los ojos, y se deja besar tranquilamente por las bellas ondinas, á la claridad de la luna.

ENRIQUE HEINE.

EPIGRAMAS.

Una vieja repugnante,
Refirió que cierto inglés
Joven, rico y elegante,
Adoraba delirante
Lo pequeño de sus pies.
E-cuchándola un burlon
Dijo: «Podrán ser verdades,
Y lo esplica la aficion
Que hay en los hijos de Albion
A buscar antigüedades.»

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

OBRA INTERESANTE.

Casi todos los periódicos españoles han tributado justísimos encomios al *Arte de descubrir los manantiales*, del sacerdote francés

Paramelle, vertido al idioma patrio, por el presbítero don Nicolás Soldevila.

Es un libro, que en concepto de los jueces mas competentes, no necesita recomendacion, porque él mismo se la lleva. Escoger un terreno, indicar el punto fijo, predecir el volumen, la profundidad y las buenas ó malas calidades del agua que se busca, es en verdad cosa admirable que nadie ha hecho antes del autor, y que en el dia, á beneficio de las sencillas reglas del mismo, puede hacerla tambien cualquiera medianamente instruido.

Inmenso nos parece el bien que al pais ha hecho el traductor, poniendo tamaños conocimientos al alcance de todos los españoles. Los arquitectos, los agricultores, los ingenieros, los propietarios, en especial de fincas rústicas, y todos los amantes del saber anhelarán sin duda adquirir los facilísimos y seguros medios de hacer brotar hermosos y lucrativos manantiales para dar vida y riqueza á los terrenos.

El *Arte de descubrir los manantiales* constituye un bonito libro de 408 páginas en octavo: tiene grabados y véndese al precio de 16 rs., en casa del traductor, calle del Espejo, núms. 9 y 11, cuarto principal, y en casi todas las librerías de Madrid y de las provincias.

CANTARES.

Cuando fuimos á caballo
no lo comprendo yo mismo,
como se arregló mi cuerpo
que no perdió los estribos.

Yo preguntaré á un platero,
cuanta plata es menester,
para engarzar un besito
de boca de una mujer.

Prenda de mi corazon,
anda vete de mi vera,
que me has traído á mi ser
la sombra de higuera negra.

Paloma que vas volando
y en el pico llevas hilo,
dámelo para coser
tu corazon con el mio.

Mañanita de San Pedro,
te miré hablando con otro,
y mientras mi corazon,
pobrecito, hablaba solo.

Imposible me parece
que te hayas muerto de veras;
miro tus ojos cerrados,
y aun me parece que sueñas.

REFRANES HIGIÉNICOS.

Quien no cree á buena madre, cree á mala madrastra.

La pimienta escalienta (enciende la sangr.).

El pato y el lechon, del cuchillo al asador.

Pescado cecial, ni hace bien ni mal.

Compon un sapillo, parecerá bonillo.

Paño fino, antes roto que vencido.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.